

GUSTAVO LANZARO

El cantor de serenatas sin alma



de Narrativa

alter  ediciones

EL CANTOR DE SERENATAS SIN ALMA

© 2010, Gustavo Lanzaro (primera edición: SIRPUS)

© 2025, Gustavo Lanzaro (segunda edición revisada y corregida)

© 2025, alter ediciones

www.alteredediciones.com

alterediciones@gmail.com

Ilustración de portada:

Hernán Mengod

Fotografía del autor:

Jules Lanzaro

Corrección:

Ana Claudia de León

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

ISBN: 978-9915-9835-1-6

Impresión:

Gráfica Mosca

Depósito legal: xxxx

Esta edición se terminó al cuidado de Manuel Carballa,
en Montevideo, Uruguay, en el mes de octubre de 2025.

A mis hermanos.
A Jorge Varlotta.
A Danièle Mayoux, mi esposa,
por su constante empeño en embellecer
y volver más justo el mundo.

Birgen Sellin era un joven autista que, gracias a una experiencia de comunicación asistida, pudo un día sentarse frente a una computadora y comunicarse con el mundo exterior. Un proceso doloroso que dio como resultado fragmentos de escritura conmovedores, de profundidad y belleza desconcertantes, reunidos en un libro que leí hace muchos años, cuyo título en español es *Quiero dejar de ser un dentrodemí*.

Por alguna razón, el recuerdo de sus sufrimientos y de su voluntad casi heroica por perseverar en la escritura en sus momentos de desaliento a menudo me acompañaron y animaron en la solitaria aventura que es escribir una novela. Vaya mi agradecimiento, pues, por haberle dado a este libro bastante más que el título.

G. L.

Primera parte

Dentro de mí todo murmura,
todo hierve como un caldero de bruja
bajo la tierra...

Soy el hombre de Neanderthal
en persona...

Para ustedes soy terror,
para mí soy un cantor de serenatas
sin alma...

Birger Sellin

Soy un hombre cobayo. Un hombre en el que otros seres humanos introducen sustancias desconocidas o aplican instrumentos para encontrar la fórmula que acabe con las dolencias en el mundo. Yo, por lo que me es dado ver, no formo parte de la humanidad. Al menos de esa que, gracias a la ciencia, un día se verá exenta de lo que comúnmente llamamos «el mal». El doctor que cada quince días escruta las reacciones que él mismo provoca en mi cuerpo no parece pensar como yo. En cada sesión habla de mi futuro, se informa sobre mi salud y me aconseja acerca de cómo invertir el dinero que gano con sus experimentos. Salta a la vista que para él llegaré a viejo a pesar del trato infligido.

Hoy me ha matado un dedo. Bueno, de hecho ha intentado provocar un infarto en el dedo corazón de mi mano izquierda, y a pesar del esmero con que manejó sus instrumentos no lo logró. No parecía contento el doctor. Yo sí. Es más, dos o tres veces no pude dejar de sonreír al ver mi dedo medio señalando el techo, tal como lo había colocado la enfermera, en una posición de desafío a los cables y electrodos que se encarnizaban con él.

Es cierto que ya no colaboro con la ciencia. Para que mi dedo hoy muriera, no debería haber tomar las cápsulas que ingerí anoche, provenientes de un ensayo anterior por el que el doctor hubiera podido estudiar en mí el fenómeno de la ataraxia, la calma absoluta que los griegos atribuían a los dioses.

Para los experimentos de hoy, las indicaciones eran opuestas a las de entonces. «Comida ligera y no ingerir ningún tipo de medicamento en las setenta y dos horas que anteceden al acto», rezaba al comienzo de la misiva que recibí. «TODO ANSIOLÍTICO, ANTIDEPRESIVO O CALMANTE QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EN LOS QUINCE DÍAS QUE PRECEDEN A LA INTERVENCIÓN», proseguía, haciendo hincapié en que el buen seguimiento de las consignas permitiría obtener un

máximo de representatividad en los resultados. Al cerrar el texto se agradecía mi comprensión y mi confianza, dos virtudes que después de padecer tantas mortificaciones yo ya no poseía.

Además de contrariedad, los ojos del doctor expresan asombro y la posición erguida en que se mantiene mi dedo comienza a incomodarlo a un punto que el aura de sabiduría que lo acompaña de costumbre va siendo reemplazada por otra, de pendencia.

—¿Está seguro de que no tomó ningún medicamento?

Ante la sinceridad de mi negativa, el médico claudica y me da una palmadita en el hombro, un gesto con el que apunta más a recomponer su imagen que a darme un poco de consuelo. Se ve a la legua que añora sus ratones blancos. También la época en que yo cumplía a rajatabla sus prescripciones sin importarme las secuelas que acumulaban mi carne y mi espíritu. Mientras respeté los protocolos y fui el cobayo mimado de este laboratorio, la química y la física hicieron de mí un hombre sin percepciones, pensamientos o funciones corporales propias. Un monigote que actuaba de acuerdo al principio activo o la energía que el doctor me administraba.

Y así fue que, durante un invierno y buena parte de la primavera que siguió, recorrí el camino de la clínica, en un barrio acomodado de París, preguntándome quién sería yo al salir de mi entrevista con la ciencia. Durante las últimas semanas las cosas empeoraron y no solo me cuestionaba a mí mismo sobre mi identidad durante las visitas al laboratorio, sino en todo momento, cualquiera fuera el lugar y la circunstancia en que me hallara. Nunca encontré respuesta a estas preguntas. Yo era un síndrome, una sucesión de síntomas que no revelaban ninguna enfermedad precisa. Sin embargo, todo eran achaques en mi interior.

Entre las frases que el doctor me espetaba al final de las sesiones, filtraba una que buscaba aportarme sosiego. «La sintomatología persistirá veinticuatro horas. Si lo desea puede dormir en la clínica», decía tendiéndome la mano. Me conocía mal el doctor, ya que los

efectos de sus experimentos jamás respetaron la fecha de vencimiento. Duraban semanas y muchas veces proseguían más allá del período que separaba dos ensayos, de modo que los efectos del anterior se amalgamaban con los del más reciente, provocando desconcierto dentro de mí y en los artefactos que controlaban mis reacciones. El doctor se exaltaba al leer las gráficas, alzaba los brazos, gritaba hurra.

Mi falta de voluntad y de suerte era notoria; mi necesidad de ganarme la vida también. Fue esta existencia llena de privaciones lo que me llevó a cobijar los síntomas creados por aquellas mentes que luchaban por un mundo mejor, que no me incluía. Y así, durante meses, mi vida se limitó a recorrer París con mis males a rastras. Eran muchos: yo nunca he dado a luz y, sin embargo, gracias a tres gotas diarias que tomaba diluidas en un vaso de agua, conozco los dolores del parto. También sé de las fiebres que transmite el mosquito; a fuerza de escaldar mi interior me hacían ver cosas que no existían y gente que había muerto hacía años. Durante semanas reemplacé mi habitual modo de hablar por un flujo continuo de palabras soeces y placenteras, efecto de la coprolalia. Fui gordo un lunes y delgado el miércoles de la misma semana. Sufrí la incivil comezón que causa la ladilla y las ulceraciones del morbo gálico, el mal francés que, llegado a cierto estadio de su evolución, nos hace imaginar que hay gente espiándonos en la taza de los retretes cuando orinamos, que reprueba, además de los gestos de la micción, toda nuestra existencia. También tuve la ceguera borgiana, un invento del doctor por el que, durante cinco días iguales a sus noches, solo vi en mi entorno lo que había de color amarillo. Poca cosa.

Soy consciente de que esta retahíla de desventuras puede mover a risa o despertar fastidio, y todo indica que debería haberme detenido en algún momento —tanto al vivirlas como ahora, al narrarlas—, pero cuando uno no posee el hábito de decir no, ni siquiera a sí mismo, no es fácil hacerlo. Sin embargo, un día me detuve. Impulsado por la voluntad de perseverar junto a los vivos, abandoné el papel que me

exigía la ciencia y empecé a intervenir en los experimentos. Escondía bajo la lengua las sustancias que me daban, las escupía en los wáteres o las neutralizaba con otros medicamentos. Algo que podría haber evitado si el médico se hubiese limitado a maltratar mi cuerpo sin hurgar en mi alma, como acabó haciendo. Una prueba más de que la ciencia no hace lo que debe o quiere, sino lo que puede. Cuanto más puede, más hace; sin otras contemplaciones. Por lo que un día, sin gritar agua va, el médico empezó a sustituir mis síntomas habituales por alucinaciones y trastornos de conducta que me llevaron a ver y a desear los mayores dislates. Y a descubrir en mí a un extraño. Procaz, lascivo o delirante, según la pildorita que ingiriera. Algo aterrador. Un extranjero con mis propios rasgos empezó a habitarme y tuve miedo de él. De mí. De ser más de uno. Y de la policía, a la cual desde hacía tiempo yo atribuía el poder de leer los pensamientos.

Me asaltó tal pavor ante lo que me sucedía que una mañana, luego de haber entrevistado en un pasillo del metro a la poetisa Juana Inés de la Cruz —muerta en la ciudad de México hace más de trescientos años—, grafitando en los muros un texto que comenzaba: «Finjamos que soy feliz, triste pensamiento, un rato», me dije: «Esto está yendo demasiado lejos, mejor empiezo a trampear».

Del miedo a la alevosía hay solo un paso. Esa es la huella que el doctor busca en mis ojos, mientras abre la puerta del consultorio y me tiende la mano en una despedida de la que están ausentes sus habituales palabras de ánimo. «Esto es un último adiós», dicen sus párpados con un renovado trayecto vertical, mientras la boca contradice: «Muchas gracias y hasta pronto, amigo», antes de cerrarse definitivamente.

Me encuentro del otro lado de la puerta del consultorio aún entreabierta, sobre una moqueta más oscura y menos espesa que la que cubre el despacho del médico. Veo un instante la mitad de su cuerpo, el borde de la túnica, la punta de su zapato y, clac, la totalidad de la puerta blanca. «Adiós, galeno», dice una voz cinematográfica

dentro de mi cabeza a la vez que mis pies, respondiendo a un llamado que el resto del cuerpo no oye, recorren el pasillo en dirección a un rectángulo de luz que se abre en medio de la pared donde un cartel anuncia la salida.